

Treinta años de políticas educativas y demanda sindical docente

Myriam Southwell

(FaHCE / UNLP - FLACSO, Argentina)

El rol del sindicalismo en la apertura democrática debe ser analizado en el marco del discurso de Alfonsín que alcanzó una particular fuerza con la denuncia del pacto militar-sindical.¹ Esa importante denuncia marcaría el tono de la vinculación con el mundo sindical y eso se evidenció en que el gobierno no intentó articular a las organizaciones sindicales a su discurso de transición democrática sino vincularlas al pasado autoritario del país. En el posicionamiento gubernamental primaba la tradicional cercanía del sindicalismo a su oponente partido peronista, más que ningún otro aspecto, y sus resistencias para integrarlos a su discurso, debilitó a éste crecientemente.

En 1983, la Confederación de Trabajadores de la Educación Argentina cumplía diez años de su gestación aunque su historia tenía otros antecedentes, desde la primera huelga registrada en 1882; fue en el siglo XX cuando alcanzó mayor alcance y politización. Las experiencias de agremiaciones y conflictos se plasmaron en la definición conceptual y política de “trabajadores de la educación” con su unificación en 1973.

En 1988, en lugar de las clases comenzó una huelga de casi dos meses de duración. Los diarios publicaban títulos alarmantes: "Emergencia educacional", "Sindicatos en pie de guerra", "Paro con destino incierto".² Aunque la centralidad del reclamo fue ocupada por lo insuficiente de los salarios, en ocasiones los sindicalistas argumentaron que algunas medidas del gobierno -en una estrategia que podría ser calificada “en espejo”- significaban un retorno al autoritarismo. La disputa por el discurso en torno al significante central *democracia* (Southwell, 2007) se expresaba de esa manera. Por otro lado, la movilización instaló el debate en las calles acerca del carácter de trabajadores de los docentes. Tradicionalmente, la construcción social de la identidad de los docentes había estado vinculada a nociones como "apóstoles", regidos por la vocación. Con la huelga de 1988, en la que la CTERA se presentaba por primera vez como parte de la CGT, la Confederación realizó una manifestación masiva con la demanda “CTERA quiere terminar con la dictadura económica”.³

En el contexto de una crisis económica y deslegitimación política, el gobierno radical no fue capaz de enfrentar la huelga y sus demandas. Sus escasas acciones se concentraron en cambiar los interlocutores: luego de unos días de paro el Ministro de Trabajo reemplazó al Ministro de Educación. Aunque la huelga fue convocada por la CTERA, ella fue progresivamente articulando demandas provenientes de otras organizaciones sindicales (organizaciones provinciales, sindicatos de docentes universitarios, gremios del ámbito privado, etc.).

En los primeros momentos de la huelga los diarios transmitían una percepción de acuerdo a la cual la docencia había dejado a un lado sus intereses corporativos en procura de necesidades sociales más generales. Cuando la huelga se extendió, el gobierno intentó vincular el conflicto con prácticas autoritarias y de carácter desestabilizador de la joven democracia. Por otro lado, CTERA planteaba que algunas medidas del gobierno radical consistían en un retorno al autoritarismo. En esta confrontación hubo un intento -por parte de ambos contendientes- de empujar al otro a los límites que diferenciaban el espacio democrático del autoritarismo. Ambos también buscaban atrapar sentidos



democráticos en estrecha vinculación con sus intereses. Así, muchas veces los líderes de CTERA plantearon la necesidad de desconocer la deuda externa e invertir esos fondos para resolver los problemas sociales. “Exigimos que los que gobiernan el país tomen la decisión política de plantearles a los rapaces del Norte, a los usureros de la banca internacional que esta vez (...) reconocerán y pagarán la deuda que mantienen con el pueblo trabajador argentino. Esta es la voluntad política que del Gobierno esperamos”.⁴ Marcos Garcetti, el Secretario General de CTERA, planteó: “La lucha de nuestro gremio apunta al centro de la teoría de la resignación. Estamos cuestionando la injusta redistribución de los ingresos”.⁵ Así, la lucha de los docentes fue articulándose en un discurso que reunía la defensa de la democracia, la independencia de las presiones internacionales, los derechos de los trabajadores, la distribución económica y el rechazo de prácticas autoritarias.

Cuando la huelga llevaba diecinueve días, Alfonsín dio un discurso por cadena nacional sobre ese tema. En él, enfatizó la existencia de sentimientos de pesimismo en la gente y caracterizó el régimen anterior con los rasgos de muerte, violencia, terrorismo, tortura, ausencia de libertad, persecuciones y empobrecimiento; en contraste con ello, remarcaba que la Argentina estaba recobrando la libertad y el estado de derecho; estaba logrando la reconstrucción económica y la recuperación de credibilidad internacional. Analizó la huelga dentro de una reflexión acerca de la "agitación social" y "grupos desestabilizadores". En esta dirección, él se preguntaba: “¿Qué es ser progresista en la Argentina de hoy?”. Y procuraba una respuesta: “...no está ciertamente en el repertorio de las verdades consagradas que almacenan tantos programas escritos en el pasado”. Por ello, pedía la finalización de la huelga, en pos de un compromiso con un “servicio democrático” y “obligación constitucional”; y al mismo tiempo vinculaba aquellos valores con la tradicional vocación de los docentes (aquella raíz apostólica que el sindicalismo había puesto en cuestión). Aunque reconocía la validez del reclamo, analizaba la huelga docente junto a las expresiones antidemocráticas, calificaba la protesta como de “canibalismo político” y como ausencia de compromiso político con los asuntos públicos y el “reflujo hacia lo privado”. A la vez, planteaba quiénes eran los legítimos representantes –“nosotros somos”- y los diferenciaba de los “grupos corporativos que pretenden conservar el poder que han logrado bajo regímenes autoritarios”.⁶

Finalmente, en el día número 40 de la huelga confluyó en Plaza de Mayo una gran marcha proveniente de distintos puntos del país. Allí acudió una gran movilización contra el endeudamiento externo y el FMI. La huelga había ido perdiendo algunos de sus apoyos iniciales y finalizó con resultados muy parciales: cambios internos en el gabinete de gobierno y una muy deteriorada relación con el gobierno nacional.

“Aquellos cuyo salario no les permite comer, deciden no comer”⁷

A partir de la reforma educacional que el menemismo llevó adelante, la resistencia más extensa que el gobierno debió confrontar fue de la CTERA, que desarrolló muchas movilizaciones cuando se votaban leyes educacionales y una huelga de hambre que comenzó el 2 de abril de 1997, con la colocación de una carpa blanca frente al Congreso Nacional. Allí, grupos de veinte docentes rotaban ayunando por tres semanas, mientras demandaban una ley de financiamiento para la educación pública.

La CTERA fue exitosa en la instalación de una conciencia pública sobre el deterioro de la educación y la necesidad de protegerla en el marco de las políticas de restricción y las desigualdades regionales que la desconcentración del sistema educativo había agudizado, pues dejaba de estar bajo la regulación nacional. Por ello, la modalidad de la protesta tuvo la intención de situar ante la autoridad nacional –frente al Parlamento - la serie de demandas que venían siendo desatendidas bajo la argumentación de que habían pasado a ser problemas jurisdiccionales.

La protesta estuvo plagada de elementos simbólicos de gran eficacia: el color blanco de la carpa, pero también la precariedad de una carpa, donde se alojaba a un amordazado Sarmiento. Asimismo, la carpa fue sumamente productiva al convertirse en el lugar de enunciación de múltiples demandas que la excedían, pero que la fueron fortaleciendo porque allí se articularon distintas demandas contra la

injusticia: la de los trabajadores de prensa por sus causas de represión a la libertad de prensa y -sobre todo- la denuncia del asesinato del fotógrafo José Luis Cabezas; las denuncias de las víctimas de la arbitrariedad policial, como por ejemplo, el asesinato del joven Sebastián Verón por parte de la policía mendocina; la de los familiares de las víctimas de la voladura de la AMIA (*Memoria Activa*). Así, la carpa blanca fue paulatinamente convirtiéndose en un foro donde diversos actores sociales expresaban su descontento e insatisfacción, acompañados frecuentemente por artistas, intelectuales y activistas de derechos humanos. Ellos retransmitían el mensaje de la carpa, en una manera que hacía que fuera reconocible para el público en general.

Esta protesta también, desarrolló novedosas maneras de expresar sus demandas. Por un lado, lograron que un domingo, cuando mucha gente tiene sus ojos puestos en el fútbol, el equipo del Club Independiente entrara al campo de juego con un cartel que decía “Docentes argentinos ayunando” y se fotografiara con él. De manera similar, cuando visitó la Argentina el emperador japonés Akihito, a las afueras del acto oficial concurrió un grupo de la CTERA con un cartel que indicaba, traducido al japonés: “Docentes argentinos en huelga de hambre por un mayor presupuesto educativo”. Como resultado de ello, la embajada japonesa convocó a dialogar a la CTERA, cuestión que implicó una intervención y presentación de explicaciones por parte del gobierno argentino.

En abril de 1999 el gobierno anunció un muy importante recorte en el presupuesto educativo. En ese contexto, la carpa y la CTERA, junto con las organizaciones universitarias de docentes y estudiantes, funcionaron como epicentro de movilizaciones en protesta por esa medida. Cuando se inició el gobierno de Fernando de la Rúa -por impulso de la otra fuerza política que formaba la Alianza, el FREPASO- fue levantada la carpa por haber alcanzado una mejora que no satisfacía significativamente las demandas, pero que establecía cierto paliativo y justificaba poner fin a una medida que no podía eternizarse: el incentivo docente. La CTERA había experimentado un crecimiento muy significativo en esos años y consolidaba nuevos interlocutores.

Treinta años dejan una nutrida experiencia, con una creciente participación e implicación, y también el desafío constante de diversificar los modos de dialogar con la vida contemporánea, con los contextos emergentes y con las condiciones de los interlocutores (a quienes se les demanda y quienes son los destinatarios del trabajo cotidiano) cotejando que lo justo o injusto es algo cambiante que se produce como un resultado del diálogo con cada época, con sus urgencias y sus aciertos, en una demanda que, lejos de aislar, tiene que ser siempre crecientemente colectiva.

Notas

[1](#) Alfonsín, Raúl conferencia de prensa realizada el 2 de mayo de 1983.

[2](#) *Página 12*, 1 de marzo de 1988; *Clarín*, 16 de marzo de 1988.

[3](#) *Página 12*, 26 de marzo de 1988.

[4](#) Sánchez, Mary. “Unidad docente versus feudalismo político”, *Página 12*, 16 de marzo de 1988.

[5](#) *Página 12*, 6 de abril de 1988.

[6](#) *La Nación*. Texto del discurso del presidente Alfonsín, 5 de abril de 1988.

[7](#) Retomamos aquí muy sintéticamente, argumentos desarrollados en Southwell, Myriam (2002) *Educational discourses in post-ductatorial Argentina*, PhD Thesis, University of Essex, Inglaterra.